Rafael Moreno Izquierdo

La historia secreta de las bombas de Palomares

La verdad sobre el accidente nuclear silenciada durante 50 años

CRÍTICA

Rafael Moreno Izquierdo

La historia secreta de las bombas de Palomares

La verdad sobre el accidente nuclear silenciada durante 50 años

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2016

La historia secreta de las bombas de Palomares
Rafael Moreno Izquierdo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Rafael Moreno Izquierdo, 2016

© de los mapas, Carles Salom, 2016

El editor ha hecho todo lo posible por identificar y recabar la autorización de los propietarios
del copyright de todas las fotografías y documentos publicados en esta obra. Si en algún caso
no se ha logrado, el editor ruega que le sea comunicado.

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-906-5
Depósito legal: B. 28.351 - 2015
2015. Impreso y encuadernado en España por Cayfosa

Índice

Agradecimientos 11
Prólogo 15

1. España, clave en el plan de ataque nuclear de Washington 17

2. En el objetivo de las bombas atómicas de Moscú 41

3. Proyecto Islero o la bomba atómica de Franco . . 71

4. La mano de Dios protege a Palomares 119

5. *Mister* Plutonio y estos «amables» españoles 139

6. «Paco el de la bomba» y el Contacto 261 175

7. De la indemnización justa y la «agitadora» duquesa *Roja* 189

8. De la censura al célebre baño de Fraga 225

9. El Programa Indalo, del entusiasmo a la desidia 247

10. Antonia Flores, porque no es igual 1/3 que tres cervezas 277

11. El DOE reconoce la existencia de «zonas no limpiadas» 297

12. Rubio pone todo patas arriba 313

13. Construir y cultivar sobre plutonio 331

14. La escurridiza Hillary y EE.UU. deja de pagar . . 353

15. El Plan de Rehabilitación de Palomares y el principio del fin 369

16. Proyecto Indalo: ¿Ángel o demonio? 383

17. Rajoy arranca a Obama un compromiso con interrogantes 510

Anexos 421
Notas 431
Fuentes primarias y Bibliografía 461
Índice analítico 485

1

España, clave en el plan de ataque nuclear de Washington

En la primavera de 1951, Harry Truman, que había asumido la presidencia de EE. UU. en 1944, en plena segunda guerra mundial, daba luz verde a experimentar con la bomba de hidrógeno, comúnmente conocida como bomba H, cuyo poder destructivo era mucho mayor que la atómica que se había probado contra Japón seis años antes. En relación con España, el ascenso del ultraconservador Truman había sido instrumental para que Washington se uniera a la estrategia que buscaba Moscú y otros aliados de derrocar, o como poco aislar, al régimen de Franco por su fundamento fascista, y, en esos momentos, las grandes potencias —incluidas la mayoría de las capitales de Europa Occidental— habían retirado sus embajadores de Madrid y aislado política y económicamente al gobierno de España con la esperanza de propiciar una apertura más democrática del sistema. Sin embargo, Franco, a pesar de su difícil situación interna, se mantenía firme en los principios básicos de su régimen antidemocrático buscando meter una cuña entre Washington y sus aliados británico y francés para resquebrajar el frente —así como en relación con la oposición democrática que luchaba contra el régimen desde el exterior—.[1] En ese momento, a pesar de las presiones internas y externas, se sentía reforzado porque sus políticas represivas fueron interpretadas como prueba de su enérgico anticomunismo: en privado y en público, Franco no tenía reparos en denunciar el comunismo y a sus líderes siempre que podía, aunque algu-

nas de sus críticas suenen un poco irónicas viniendo de un dictador que imponía una férrea censura informativa para mantenerse en el poder. El jefe de la Casa Militar del Generalísimo, el teniente general Francisco Franco Salgado-Araujo, reconstruyó en su diario una conversión respecto a la URSS en octubre de 1966, meses después del accidente atómico de Palomares:

> El pueblo soviético permanece ajeno a lo que sucede en el resto del mundo, ya que sus líderes no les proporcionan más información que las que les conviene a ellos. Están, y con razón, orgullosos de su industria pesada. Desde luego, su preparación para una futura guerra es sumamente intensa. Conozco perfectamente todo lo que pasa en Rusia y conozco la mentalidad de su pueblo, digno de todos los respetos por su espíritu de trabajo, modestia, disciplina y amor a la cultura; pero están totalmente supeditados a sus dirigentes bolcheviques.[2]

Los militares estadounidenses supieron leer el momento y jugaron su baza. Ya en 1947, el Consejo de Seguridad Nuclear —el máximo órgano político estadounidense encargado de la definición de la estrategia político-militar del país— propuso trabajar en la normalización de las relaciones con Franco. El 8 de junio de 1950, el entonces secretario de Defensa, Louis Johnson, recomendó a la Junta de Jefes de Estado Mayor —principal órgano de coordinación operativa de las Fuerzas Armadas estadounidenses— que se alcanzara una cooperación militar con España bien a través de un acuerdo bilateral o a través de su ingreso en la OTAN. El cometido no parecía fácil porque otras esferas de poder de Washington —especialmente el Departamento de Estado— se oponían a ello mientras no se democratizara el país. A pesar de ello, el 10 de julio de 1951, en el marco de la revisión estratégica mundial de cara a contrarrestar la creciente agresividad soviética, tres de los principales líderes militares, los generales George Marshall (entonces secretario de Defensa), Omar Bradley (jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor) y el almirante Forrest Sherman (jefe de Operaciones Navales), se reunieron en

Washington para consensuar su posición sobre España. El gobierno británico, al igual que el francés, italiano, holandés y belga, entre otros, continuaban oponiéndose a la inclusión de España en la estructura defensiva de Occidente. Pero, para los mandos estadounidenses, la necesidad militar del momento pesaba más que cualquier sentimiento político o principios morales.[3] Cuando Sherman trasladó la propuesta a Truman, este, como era de esperar, respondió de forma hostil aunque al final accedió de mala gana:

> A mí Franco no me gusta y nunca me gustará pero no permitiré que mis sentimientos personales invaliden las convicciones de ustedes, los militares.[4]

La puerta estaba abierta definitivamente y sin exigencias para Franco. Nada de condicionar la incorporación de España en el sistema de defensa y ataque contra la Unión Soviética a aperturas democráticas o cambios en la naturaleza del régimen. Sherman no quiso esperar para consolidar lo conseguido. Escasamente unos días después de la reunión de los mandos militares, el 16 de julio, voló a Madrid para reunirse durante cerca de dos horas con el *caudillo* en lo que resultó ser una conversación preliminar sobre la obtención de bases militares permanentes en España. De enorme prestigio dentro de la Navy como resultado del coraje y heroísmo mostrado contra los japoneses, y nombrado como el jefe de Operaciones Navales más joven de la historia del país hasta entonces, Sherman fue directamente al grano exponiendo las necesidades estadounidenses en términos de bases aéreas e instalaciones de amarre para portaaviones. Los aeródromos españoles serían reformados y modernizados para poder recibir los bombarderos pesados más potentes del mundo capaces de atacar objetivos en la profundidad de la URSS. Estados Unidos correría con los gastos. Preston, en su biografía sobre el *caudillo*, afirma que Franco debió sentirse encantado. En sus palabras, la larga espera había concluido. La nación más poderosa del planeta buscaba la colaboración de su régimen, aunque en ese mo-

mento fuera denostado por la mayoría del resto de gobiernos democráticos.[5] La emoción de la situación no impidió que el Generalísimo no supiera adivinar con certeza dónde estaba metiendo al país. Por ello, manifestó a Sherman que la cesión de bases a Washington provocaría, en caso de una nueva guerra mundial, un ataque aéreo inmediato de las Fuerzas Armadas soviéticas y afirmó que los Ejércitos españoles deberían renovar su material para estar en condiciones de poder hacer frente a los rusos. Ya al final de la reunión, el almirante norteamericano le preguntó cuándo podía llegar la comisión militar para comenzar a trabajar en los detalles, a lo que Franco replicó sin titubear: «Inmediatamente. Desde el 20 de este mes, pues mañana es preparación de fiesta. El 18 es la Fiesta Nacional, el 19 voy a cambiar el Gobierno, pero desde el día 20 en adelante puede venir». Algo perplejo, Sherman le preguntó de nuevo si los funcionarios españoles no se marchaban de Madrid en verano. Y Franco sentenció: «Cuando hay asuntos urgentes, para los españoles no existe ni el verano ni las vacaciones».

EE. UU. y Franco firman los acuerdos para las bases militares

Tras acceder a la presidencia en enero de 1953 y después de cerca de dos años de conversaciones entre ambas partes, Dwight Eisenhower reiteró su interés por cerrar el acuerdo para la utilización de bases militares en España porque estaba convencido de que reforzarían la estrategia de disuasión aprobada por el Pentágono y respaldada por la Casa Blanca, lo que coincidió con una maduración del proceso negociador. Las conversaciones iniciadas formalmente en abril de 1952 entre el general Juan Vigón —jefe del Alto Estado Mayor— y el general August W. Kissner —en representación del SAC, comando encargado de organizar la defensa estratégica de Estados Unidos y responsable del plan de ataque de represalia atómica contra la Unión Soviética para disuadirles ante una posible guerra nuclear— se habían alargado

entre otras cosas por las disparatadas exigencias de Madrid, pues consideraban el valor estratégico de su posición geográfica. Al mismo tiempo, Franco utilizaba la situación para reconfigurar su imagen de cara al exterior: en entrevistas y discursos, el *caudillo*, que había negociado con Hitler y Mussolini y enviado la División Azul a combatir a Stalin una década antes, se transformaba ahora en el «centinela de Occidente» y última retaguardia ante un posible ataque soviético contra la Europa continental. Al proclamar Franco que el apoyo estadounidense venía a darle la razón, automáticamente privaba de credibilidad a los argumentos sobre la defensa de la civilización con que EE. UU. justificaba su apoyo al franquismo. De este modo, la amenaza soviética fue percibida por la gran mayoría de los españoles más como un señuelo de la propaganda franquista que como un riesgo digno de tomarse en serio, y esto hizo imposible que la cultura de la Guerra Fría fuera asumida por las fuerzas democráticas españolas.*[6] En escasamente unos meses, para noviembre de 1951, el Pentágono tenía claro el papel que podía y debía jugar España en su planificación militar y los objetivos que debía tener la ayuda económica que enviaría. En ambos casos, la prioridad era subordinar España a las necesidades defensivas de Washington aunque sin aceptar totalmente una condición de país satélite. El acuerdo, también conocido como el Pacto de Madrid, fue firmado el 26 de septiembre de 1953 y para Franco representó la lógica culminación de su planteamiento político seguido desde 1936 en favor de la concepción de vida y cultura de Occidente, mientras que para los militares de Estados Unidos fue el conseguir una pieza imprescindible de su plan de ataque y defensa en caso de una guerra nuclear contra la Unión Soviética y base de toda la política de disuasión que les permitiría ganar la Guerra Fría.

El compromiso aceptado por España y Estados Unidos, parte del cual ha sido secreto durante muchas décadas, establecía el

* Zaldívar sostiene que eso provocó un importante desencuentro: mientras la cultura de la Guerra Fría dominó en EE. UU. durante cuarenta años, en España esa cultura fue inexistente o muy débil.

número y la utilización de las instalaciones que el Pentágono podía usar en suelo español, así como sus condiciones. Tenía una vigencia de diez años y sería renegociado y modificado hasta nuestros días. Aunque podrían haberse aprobado más bases, ya que Franco estuvo dispuesto a ello,*[7] el Pentágono eligió activar cinco principales más una red de instalaciones de apoyo, comunicaciones, depósitos y polvorines que incluía desde radares de alerta temprana hasta un oleoducto de 800 kilómetros. Con ello, los efectivos militares estadounidenses estacionados en España llegaron a acercarse a los 13.000 hombres de forma permanente y millares más en caso de crisis o emergencia —como la guerra de Vietnam o la del Golfo—, lo que colocaba a nuestro país en el cuarto puesto dentro de Europa Occidental con mayor concentración de efectivos militares de Washington después de Alemania Federal, Gran Bretaña e Italia.

Las cinco bases principales eran cuatro terrestres (Torrejón de Ardoz, Zaragoza —conocida como Sanjurjo o Valenzuela—, Morón de la Frontera y San Pablo) y una aeronaval (Rota). En un informe conjunto de los secretarios de Estado, Dean Rusk, y Defensa, Robert McNamara, con motivo de la primera ampliación de los acuerdos por cinco años más, en junio de 1963 —cuyas cláusulas estaban vigentes cuando se produce el accidente de Palomares—, se deja constancia de que el Pentágono prácticamente no podría vivir sin ellas: «La pérdida de las instalaciones de comunicación en España —escriben— restringiría severamente las capacidades de EE. UU. de control de armas, de alerta estratégica en materia de inteligencia y operaciones de contingencia, y seriamente degradaría la red de mando y control a nivel

* Hasta el extremo de que, además de las cinco mencionadas, el documento técnico secreto número 1 anejo al acuerdo técnico de 26 de septiembre de 1953 autorizaba a Estados Unidos a usar las bases e instalaciones de Copero (Sevilla) —capacidad mínima para un ala de bombarderos medios y almacenes de aprovisionamiento—, Muntadas o Reus —un grupo de cazas de interceptación—, Los Llanos (Albacete) —dos alas de bombarderos medios—, Los Palacios (Sevilla) —dos alas de bombarderos medios—, y el muelle de descarga y pista de despegue de Matagorda (Cádiz).

mundial», señala el documento. «En la práctica, no hay locaciones alternativas para nuestras instalaciones de comunicaciones en España por factores geográficos».[8] La instalación más relevante en términos generales es, sin lugar a dudas, la base aeronaval de Rota, cerca del estrecho de Gibraltar, porque se considera «ampliamente superior» a cualquier alternativa que exista desde todo punto de vista, político y militar. El documento dirigido al presidente Kennedy enfatiza que las operaciones militares norteamericanas en el Norte de África, Oriente Medio y África «dependen seriamente» del uso de las instalaciones españolas, en especial en relación con el despliegue de la IV Flota. Este documento deja claro al mandatario norteamericano, poco inclinado a seguir pactando con Franco, que los militares estaban convencidos de que cualquier acción que redujera o eliminara el uso de las bases españolas tendría, desde el punto de vista estratégico, un «severo impacto» sobre la planificación militar global y la flexibilidad de la fuerza estratégica del Pentágono: «Estas bases, con sus excelentes instalaciones (fueron específicamente diseñadas y construidas para operaciones estratégicas), condiciones meteorológicas ideales y localización geográfica, junto con la completa falta de restricciones españoles respecto a tipos de aviones, armas y temas operativos, proveen a Estados Unidos con el más flexible complejo de bases en exterior que podemos contar»,[9] concluyen en su escrito sus dos principales asesores en materia de política exterior.

Después de la base de Rota, la aérea de Torrejón, situada al noreste del principal aeropuerto civil del país, Barajas, estaba designada a ser la instalación más importante y relevante de todo el despliegue militar norteamericano a pesar de su proximidad al mayor centro de población español, Madrid —escasamente 25 kilómetros de la Puerta del Sol—, y que, como se verá más tarde, lo convertía en objetivo prioritario de la URSS en caso de guerra atómica. Los mandos del SAC instalaron en ella un cuartel general —el único fuera de territorio estadounidense— capaz de controlar y dirigir las operaciones de todos los bombarderos y cazas basados en España y Marruecos y destinaron a ella escua-

drones de bombarderos, cazas, aviones de reabastecimiento en vuelo y transporte. La unidad con mayor capacidad de destrucción era el Ala Estratégica número 3970 —formada por los mejores bombarderos que tenía en ese momento, los B-47—, y también se encontraba el centro de mando de la Decimosexta Fuerza Aérea —que más tarde se convirtió en el Ala Táctica de Combate número 401 (TEC, siglas en inglés)— y la 65.ª División Aérea, unidad asimismo asignada al SAC.[10] La Fuerza Aérea estadounidense en Europa decidió dotar a Torrejón de la pista de despegue y aterrizaje más grande y larga de la que podía disponer en el continente europeo —en total 4.266 metros—, junto a una enorme plataforma de aparcamiento de hormigón y otras instalaciones para alojar decenas de aviones y, en caso de emergencia, albergar hasta 5.000 militares estadounidenses. Su construcción tardó cuatro años y hubo que esperar hasta 1958 para activarla operativamente después de resolver algunos conflictos con Barajas. Las aeronaves de la USAF en la base de Torrejón —que pintaban «TJ» como letras de identificación en la cola— eran desplegadas de forma rotatoria como en otras bases avanzadas. Los primeros bombarderos pesados B-47 llegaron en abril de 1958 junto a los cazas F-86D, que habían sido transportados por barco. El B-47, también conocido como *Stratojet*, era capaz de transportar hasta nueve toneladas de bombas convencionales y atómicas, y fue tan utilizado que se llegaron a fabricar 1.200 unidades. En los años sesenta, como resultado del proyecto Clear Water de reducción de bases en el exterior, se retiraron los bombarderos y se sustituyeron los cazas por modelos más modernos (F-102 Delta Dagger), aunque poco más tarde se retiraron para pasar a la base alemana en Ramstein. El despliegue de los B-47, y por tanto la contribución de Torrejón a las misiones de ataque a la URSS, finalizó en marzo de 1965, aunque se mantuvo un ala de KC-135 hasta que se trasladó definitivamente a la base británica de Midenhall en enero de 1976. En mayo de 1992 y, tras un nuevo acuerdo de defensa firmado en 1988, los últimos efectivos, la 401 TFW, abandonaron España y Torrejón pasó a ser completamente español.

La segunda base aérea por importancia es probablemente Zaragoza a la que, al igual que en el caso de Torrejón, se la dotó de una larga pista de despegue —en este caso unos metros—, más un almacén de armas estratégicas, que podían ser atómicas. Nada más ser activada, recibió bombarderos B-47 en misiones de ataque, así como escuadrones de cazas de combate y de reabastecimiento en vuelo. Normalmente, contaba con cinco aviones cisterna, aunque en caso de crisis o emergencia duplicaba fácilmente este número. La base, situada muy cerca de la capital aragonesa, a unos 16 kilómetros de las cúpulas de El Pilar, también se utilizaba y era capaz de recibir aviones desde cualquier lugar de Europa en misiones de tránsito o prácticas. Estados Unidos la devolvió en septiembre de 1992.

En el caso de Morón de la Frontera, situada al sureste de Sevilla, su pista de aterrizaje de 2.850 metros era una de las más largas de España y, al igual que Torrejón y Zaragoza, los ingenieros militares norteamericanos construyeron áreas específicas para el almacenamiento de detonadores y bombas atómicas cerca de los hangares y las pistas de despegue. El SAC la incorporó desde el primer momento en su planificación de ataques a la Unión Soviética y, por tanto, desplegó bombarderos B-47. El primero de ellos llegó el 13 de mayo de 1958, junto a los aviones cisternas KC-97. Seis semanas después, aterrizó el primer escuadrón de cazas F-100 *Super Sabres* bajo el mando del teniente coronel Chuck Yeager para su defensa aérea. Morón se mantuvo como una base de bombarderos B-47 hasta el 29 de abril de 1962, cuando llega el primer avión cisterna KC-135 asignado a la misión de reabastecimiento que permitía a los bombarderos estadounidenses patrullar hasta las mismas fronteras soviéticas. En 1966, después del accidente de Palomares —que se produce precisamente en el transcurso de una de estas misiones de abastecimiento en vuelo— y ante la reducción de los vuelos de reabastecimiento, el SAC decide transferirla a la Fuerza Aérea de EE. UU. en Europa (USAFE).*

* Después de unos años en los que perdió cierta relevancia estratégica para el Pentágono, la base aérea de Morón ha recuperado en 2015 una gran

La otra base de utilización conjunta fue San Pablo, cerca de Sevilla, que utilizada para apoyo y comunicaciones, fue abandonada por Washington por su poca utilidad. Por el contario, la base aeronaval de Rota, en Cádiz, se convirtió rápidamente en un elemento fundamental del despliegue militar norteamericano ya que se consideraba imprescindible para que pudiera operar la VI Flota en el Mediterráneo y los submarinos nucleares que se despliegan en esta zona durante la Administración Kennedy y que analizaremos con detalle más adelante. Cuenta, asimismo, con una pista de aterrizaje tan grande como la de la base de Zaragoza y con almacenes de armas convencionales y atómicas bajo las más estrictas medidas de seguridad.

Ángel Viñas, en su libro *En las garras del Águila*, explica gráficamente que las bases en suelo español fueron construidas por el Pentágono para ser utilizadas y, en este sentido, la determinación de las condiciones a que quedase sujeto su empleo tenía, pues, una relevancia imposible de exagerar. Ya hemos señalado que Rusk y McNamara resaltaron a Kennedy la laxitud con la que el gobierno de Franco permitía su utilización. Era interpretación del espíritu de los acuerdos pero también resultado de su propio texto. Su regulación está recogida en una cláusula secreta bajo el inocuo título de «Nota adicional al párrafo segundo del artículo III del convenio defensivo entre los gobiernos de España y de los EE. UU.» y que estuvo vigente hasta 1970. La nota dife-

---

importancia en el despliegue militar estadounidense en España al aceptar el gobierno de Mariano Rajoy una ampliación de los acuerdos que permite que la instalación se convierta en la sede permanente de la fuerza de reacción del mando de EE. UU. para África. Según este nuevo acuerdo, la presencia militar estadounidense podrá aumentar hasta los 2.200 militares y 500 civiles y hasta 17 aviones despegue vertical MV-22 *Osprey* y *Hércules* C-130 con carácter permanente y hasta 40 con carácter temporal. Para más información sobre las capacidades y misiones que Morón cumple para el Pentágono puede verse: La «joya oculta» del despliegue mundial del Pentágono, consultado el 10/03/2015 en http://www.defensa.com/index.php?option=com_content&view=article&id=9978:base-aerea-de-moron-la-joya-oculta-del-despliegue-mundial-del-pentagono&catid=69:reportajes&Itemid=199

rencia dos supuestos: el primero, «de evidente agresión comunista que amenace la seguridad de Occidente», que permitía a Washington hacer uso de las instalaciones como bases de acción contra objetivos militares como fuera necesario y solo exigía una comunicación informativa con la máxima urgencia; y el segundo en los demás casos, que incluían los de «emergencia» o de «amenaza de agresión» contra la seguridad de Occidente, cuando su uso debía ser objeto de consultas urgentes entre ambos gobiernos *y* «determinadas a la vista de las circunstancias de la situación creada».[11] Una interpretación abierta de esta cláusula permitía a EE. UU. activar el uso de las bases prácticamente en cualquier caso, aunque ni siquiera estuviera relacionado con la URSS o incluso cuando se refería a una amenaza de ataque soviético o de sus aliados con carácter local en zonas alejadas de España. Y, en la práctica, los norteamericanos no tenían nada más que comunicarlo. Según Viñas, el texto de la nota debería haber sido inaceptable para los españoles ya que dejaba al arbitrio de Estados Unidos la absoluta iniciativa en la puesta en alerta y en la utilización de las bases e instalaciones militares en España y permitía que dicha utilización, resalta el profesor, se llevara a cabo de forma unilateral.[12] Así, la nota no diferencia ni restringe de ninguna manera si se trata de armamento convencional o nuclear. Algo que, como veremos, sí aceptó Washington en el caso de acuerdos similares con aliados de la OTAN como Canadá. Las normas reservadas sobre la utilización habitual de las bases españolas quedaron expresadas en el documento técnico secreto número 3, anejo al acuerdo técnico de 26 de septiembre de 1953, y en posteriores acuerdos de procedimiento que detallaban, por ejemplo, el mecanismo para el transporte y almacenamiento de explosivos, uso de todos los puertos y ríos, o derechos de paso en el espacio aéreo y aguas territoriales bajo jurisdicción española.[13]

Hasta ahora no se han encontrado documentos que detallen o expliquen el sistema de aprobación de los vuelos sobre espacio aéreo español, en el caso de que los hubiera. Muchos expertos, como el propio Viñas, estiman que Franco concedió al Pentágo-

no una aprobación general —una especie de cheque en blanco— sin restricciones específicas o relacionadas, por ejemplo, con las armas nucleares. De ser cierto, contrasta por ejemplo con lo que el propio EE. UU. estuvo dispuesto a aceptar con uno de sus aliados más estrechos: en julio de 1950, Washington y Ottawa firman un primer acuerdo que establecía un protocolo de autorización para los vuelos del SAC sobre su territorio. La autorización para llevarlos a cabo se tramitará a través del Departamento de Estado y dependía de la categoría del mismo, y si eran de prueba o adiestramiento, solo se requería autorización a nivel táctico. En la práctica, el máximo responsable del SAC, Curtis LeMay, que se convirtió en el general de tres estrellas más joven desde Ulysses Grant y el que se mantuvo más años en un mando unificado, interpretó que todas las misiones eran de adiestramiento y, por tanto, solo informaría cuando ocurrirían o, en muchos casos, una vez que hubieran tenido lugar.[14] En diciembre de 1951, el primer ministro Lester Pearson reconsideró el sistema y propuso recuperar el control político con al menos un preaviso de 48 horas. Se denominó Procedimiento XYZ y diferenciaba los vuelos en tres categorías: aquellos que transportaban armas nucleares, ya fueran como parte de despliegues de rutina o almacenaje usando bases en Canadá o sobrevolando territorio canadiense, se denominaban categoría Y y requerían autorización a nivel gubernamental y notificación a nivel de las Fuerzas Aéreas de cada país para cada vuelo individual; los vuelos de la categoría Z, referida a misiones de ataque, debían ser comunicados al gobierno canadiense y aprobados personalmente por el primer ministro.[15] Cada trimestre, el cuartel general del SAC informaba a la Fuerza Aérea canadiense y a los ministerios de Transporte y Asuntos Exteriores de todos los vuelos propuestos para los siguientes 90 días. Con el paso del tiempo, el sistema sufrió varias modificaciones ante las quejas del SAC de que necesitaba mayor flexibilidad y no tener que recurrir a la aprobación de cada vuelo individualmente. Por ello, en 1952 se permitió que el SAC desplegara 25 aviones en una sola misión dentro de Canadá, pero solamente podían hacerlo de uno en uno en el caso de sobrevolar

una ciudad canadiense aunque fuera a gran altitud. Seis años después, en 1958, y ante el incremento de los vuelos, el Departamento de Estado solicitó permiso permanente para seis KC-135 en suelo canadiense —que es autorizado— y en julio de 1959 logra que el gobierno canadiense autorice una modificación del protocolo secreto, eliminando las restricciones y concediendo autorizaciones en bloque por períodos de seis meses sin necesidad de permisos individualizados. Bajo este nuevo protocolo se realizaron la mayoría de las misiones durante los años sesenta hasta su terminación.

El Mando Aéreo Estratégico (SAC) y la guerra nuclear

El principal responsable de negociar los aspectos militares de los acuerdos de defensa con España por parte de Estados Unidos fue un representante especial del SAC: el comandante en jefe general August W. Kissner, un veterano de los bombardeos sobre las ciudades alemanas unos años antes y que después se quedó en España como uno de los responsables de la puesta en práctica de la operativa militar. No fue una casualidad y existió una razón poderosa para ello. Más allá de los aspectos navales, recogidos en la elección de la base de Rota, el Pentágono necesitaba urgentemente instalaciones terrestres en España para poder cumplir las planificaciones militares del SAC. Nada más terminar la segunda guerra mundial y sacar conclusiones sobre la utilización y efectividad de los bombardeos estratégicos como arma ofensiva y a la vez defensiva o disuasoria, el alto mando estadounidense estableció el Mando Aéreo Estratégico el 21 de marzo de 1946 como el primer comando unificado de las Fuerzas Armadas estadounidenses dependiente directamente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, la máxima autoridad militar del país. Rápidamente, la Fuerza Aérea norteamericana y el país completo depositaron toda su confianza en el SAC como pilar fundamental para evitar una próxima confrontación nuclear con la Unión Soviética. Su desarrollo y profesionalidad como una fuerza con capacidad de

destrucción completa en cualquier momento de los 365 días del año si fuera necesario, concedió a sus mandos, pilotos y soldados una personalidad robusta y diferenciada. A principios de los años sesenta, cuando alcanzó el máximo de su esplendor, más de la mitad de todos los generales de la Fuerza Aérea procedían de las alas de bombarderos estratégicos. Estos líderes, veteranos en los campos de batalla europeo y del Pacífico, se convencieron colectivamente de que la amenaza permanente de un ataque atómico era la mejor manera de evitar un ataque enemigo. A mediados de los años sesenta y a raíz de los accidentes como los de Palomares, el énfasis militar comenzó a cambiar hacia una mayor prioridad de la aviación táctica, alimentada por las necesidades que demandaba la guerra de Vietnam y el desarrollo de los misiles balísticos intercontinentales y los submarinos nucleares oceánicos.[16] Los «*guerreros*» del SAC nunca ejecutaron en términos reales las misiones que ensayaron y planificaron durante casi veinte años contra el principal enemigo de EE. UU. durante la Guerra Fría, pero en todos esos años demostraron su contribución a la paz en primera línea, que, en ese momento y aunque parezca paradójico, consistía en estar preparados para iniciar un holocausto nuclear si recibían la orden. A lo largo de la década de los cincuenta, la Fuerza Aérea norteamericana dedicó ingentes recursos no solo dotando al SAC de las tripulaciones mejor adiestradas y los más modernos bombarderos de largo alcance, sino también haciendo uso de aquellas capacidades imprescindibles para lograr su objetivo, como aviones de reabastecimiento en vuelo, de alerta temprana y radares para la detección de misiles y aviones enemigos que dieran el preaviso necesario para reaccionar y la autonomía para atacar cualquier objetivo independientemente de su distancia o protección.[17] En 1989 el Muro de Berlín cayó y la Guerra Fría tocó a su fin. La Fuerza Aérea decidió, por su parte, que las misiones especializadas del SAC —disuasión nuclear— ya no tenían sentido y el comando fue clausurado en 1992 y sus medios transferidos a otras unidades.

A mediados de 1950, la Fuerza Aérea de Estados Unidos aumentó su preocupación sobre los motivos de la Unión Soviética y

la capacidad real de Washington de evitar una nueva guerra mundial. En septiembre de 1957, un panel de expertos militares predijo que para 1963 los soviéticos serían capaces de destruir la mayor parte de la flota estratégica norteamericana en un primer ataque, lo que serviría de incentivo para iniciar una guerra total bajo el convencimiento de que saldrían vencedores ante la incapacidad de EE. UU. de destruir sus fortalezas.[18] La respuesta fue clara y el 1 de octubre de 1957, el SAC ponía en práctica su nueva estrategia para evitar esa tentación. Por un lado, inicia un proceso de dispersión de sus aviones para evitar que todos puedan ser destruidos en un primer ataque y, por otro, coloca una parte sustancial de su arsenal —un tercio— en alerta permanente en tierra con los bombarderos cargados con armas nucleares y la tripulación lista para despegar en menos de 15 minutos. Ello implicaba un esfuerzo tremendo: desde un incremento de unidades disponibles hasta un exhaustivo adiestramiento de los pilotos, navegadores y mecánicos y la construcción de refugios y depósitos de armas en las cabeceras de las pistas de aterrizaje de cada una de las bases. Ante la sorpresa de casi todos, en noviembre de 1957, el comandante en jefe del SAC, general Thomas Power, reconoce ante un comité del Congreso que los preparativos para defender a Estados Unidos han dado un paso más:

> Día y noche, tengo un porcentaje de mi comando en el aire ... y los aviones están cargados con bombas... no llevan arcos y flechas.[19]

Es un mensaje directo y claro para el líder soviético Khrushchev. Si decide atacar, no saldrá impune. A partir de ese momento, una docena de bombarderos y otros tantos aviones de reabastecimiento permanecerán las 24 horas del día en vuelo en misiones de entrenamiento que, en cualquier momento, podían convertirse en operaciones reales de ataque contra la URSS. Como parte del proceso de dispersión de efectivos, el Pentágono despliega también los mejores bombarderos de que dispone en ese momento fuera de Estados Unidos, los B-47, en lo que denominará a partir de entonces operaciones *Reflex*. Para cumplir

estos planes es necesario que la Casa Blanca firme acuerdos defensivos con aquellos países considerados estratégicos. Al final, lo logra con cinco —como hemos visto en el caso español—, cumpliendo así uno de los principales objetivos del Mando Aéreo Estratégico. Durante los años cincuenta y sesenta, los B-47 solo operarán desde once bases en el extranjero: tres en Gran Bretaña (Fairford, Upper Heyford), tres España (Torrejón, Zaragoza y Morón), tres en el Marruecos francés (Sidi Slimane, Benguerir, Nouasseur), una en Dinamarca (Thule) y otra más en Canadá (Goose Bay). En estas bases, normalmente estaban en alerta permanente un total de seis aviones con sus respectivas tripulaciones.[20]

El SAC y su despliegue en suelo español

La utilización de las bases españolas por el SAC en el marco de su planificación de despliegue avanzado lo más próximo a las fronteras de la Unión Soviética no comienza a ser una realidad hasta mayo de 1958: casi cinco años después de la firma de los acuerdos defensivos.*[21] A partir de ese momento, las principales instalaciones aéreas operativas en suelo español se convierten en bases para las rotaciones de los bombarderos con armas nucleares B-47 y aviones de reabastecimiento en vuelo KC-97 que deben estar preparados para iniciar al ataque con un muy corto preaviso. Los B-47 en misiones *Reflex* operarán desde territorio español hasta abril de 1965 cuando son retirados a EE. UU. —junto a la mayoría de las bombas atómicas que debían transportar— por ser considerados obsoletos ante la entrada en servi-

* Las operaciones *Reflex* comenzaron en la base de Zaragoza el 29 de mayo de 1958 y concluyeron el 29 de mayo de 1964, y en Morón y Torrejón se iniciaron conjuntamente en el mes de julio de ese año y finalizaron el 1 de abril de 1965 en el primer caso y el 31 de marzo de 1958 en el caso del aeródromo militar más próximo a Madrid.

cio de los modernos B-52.* Los bombarderos B-47 eran desplegados a las bases españolas desde sus aeródromos en Estados Unidos de forma rotatoria por períodos de 90 días. Según distintas fuentes, se autorizó la permanencia de al menos seis tripulaciones completas en Morón de la Frontera, diez en Zaragoza y tres en Torrejón durante el tiempo que estuvieron activadas las misiones *Reflex*. Las tripulaciones y los aviones se mantenían una semana en alerta de 24 horas dispuestos a despegar en 15 minutos y otra de descanso. Conjuntamente a estos bombarderos, el SAC posicionó en las bases españolas escuadrones de cazas interceptadores ante la vulnerabilidad de los aeropuertos españoles y la escasa efectividad y anticuado material del Ejército del Aire español. Según documentos oficiales, en 1963 el Pentágono tenía desplegados anualmente en España un total de 35 B-47 y mantuvo este número hasta su retirada completa de suelo español.[22]

El desarrollo de nuevos sistemas, como el superbombardero B-52 y el avión cisterna KC-135, con mayor radio de acción y capacidad de almacenar combustible, permitió al SAC retirar paulatinamente los viejos B-47 y KC-97. Y esto también afectó al dispositivo en suelo español: las misiones *Reflex* se redujeron drásticamente a partir de 1963. Primero se puso fin a las que se llevaban a cabo desde las tres bases situadas en Marruecos y la canadiense y, al año siguiente, 1964, solo un pequeño número de B-47 rotó por cinco bases en el extranjero —las españolas Morón y Torrejón y las británicas Brize Noerton, Upper Heyford y Elmendorf—. El último B-47 fue retirado de las misiones de alerta el 21 de diciembre de 1965 y todos regresaron a EE. UU. en 1966. A partir de entonces, el SAC transfiere la XVI Fuerza Aérea y sus tres bases a la Fuerza Aérea de Estados Unidos en Europa y comienza una nueva fase.[23]

* Marruecos es el primer país extranjero que recibe bombarderos B-47 norteamericanos con armas nucleares en 1958 y el primero en integrarse a operaciones *Reflex* poco después.

La contribución española a las misiones de ataque «Chrome Dome»

A principios de 1961, los planificadores del SAC habían iniciado una nueva estrategia de disuasión nuclear. La entrada en servicio de los B-52 y los KC-135 permitía diseñar una nueva forma de atacar a la Unión Soviética con armas atómicas que los militares estadounidenses consideraban más segura y efectiva. Las denominó misiones *Chrome Dome* y durante una de ellas es cuando en 1966 se producirá el accidente de Palomares. Por eso, ese día volaban sobre el sur de España dos B-52 con armas nucleares en sus bodegas y otros dos aviones de reabastecimiento que acababan de salir desde la base de Morón de la Frontera.

Dos eran las diferencias fundamentales entre las misiones *Reflex* y *Chrome Dome*. En el caso de esta última, los bombarderos estadounidenses con armas atómicas no requerían estar desplegados fuera de Estados Unidos, ya que el mayor radio de acción del B-52 permitía que salieran desde aeropuertos en territorio norteamericano y evitar así embarazosas situaciones con los aliados. Los nuevos KC-135 aseguraban, al mismo tiempo, reavituallamientos más seguros y cargas de combustibles que permitían una mayor autonomía y flexibilidad. En un abastecimiento normal, los B-52 recibían normalmente unos 151.400 litros de combustible en menos de 20 minutos, lo que aseguraba entre seis y siete horas más de vuelo. La segunda se refería al propio plan de vuelo: las misiones *Chrome Dome* colocaban a los bombarderos estadounidenses justo en las fronteras soviéticas, lo que concedía la capacidad de atacar más rápidamente —con menos preaviso— más objetivos soviéticos y mucho más profundos. Los planificadores militares norteamericanos diseñaron tres rutas de ataque, aprobadas por el propio presidente y toda la cadena de mando política y militar, que eran, básicamente, autopistas aéreas por las que debía volar un bombardero tras otro con suficiente espacio como para poder ser reabastecidos en vuelo. Normalmente, cada misión, que duraba entre 24 y 27 horas y requería que volaran con tripulaciones de refresco para permitir

los relevos durante el trayecto, estaba formada por dos bombarderos aunque también se ensayaron ataques masivos contra la URSS en la que se movilizaban grandes formaciones áreas de más de 500 aparatos. A principios de 1966, el SAC contaba con 326 bombarderos en alerta en tierra más 12 B-52 con cuatro bombas termonucleares cada uno asignados a misiones *Chrome Dome* en comparación con 829 misiles ICBM en alerta.

La ruta norte circunvalaba Norteamérica en una rotación al revés del movimiento normal de las agujas del reloj e incluía sobrevolar las zonas polares canadienses. La ruta del sur cruzaba el océano Atlántico para sobrevolar España y pasar por el Mediterráneo hasta las fronteras turco-soviéticas para luego dar la vuelta y regresar más o menos por la misma ruta hacia Estados Unidos. El presidente autorizó al SAC a que durante esos vuelos los B-52 fueran armados con artefactos nucleares de manera rutinaria. Para asegurar el reabastecimiento en vuelo, se posicionaron aviones cisterna en Alaska, España y en la zona norte de Estados Unidos con enormes cantidades de combustible almacenado. Los aviones cisterna situados en la zona noreste debían ser capaces de entregar un mínimo de 726.750 litros de combustible diario a los B-52, los situados en Alaska (Eielson AFB) unos 897.000 y los de España alrededor de 776.000 litros diarios. Y esto solo para los 12 aviones en vuelo permanente y que el SAC planificó ampliar hasta 70 cada día en caso de emergencia.[24] Durante la crisis de los misiles de Cuba, en octubre de 1952, el sistema de alerta aérea fue ampliado significativamente de 12 a 75 bombarderos en alerta diaria durante 28 días.*[25] La explicación de la Administración Kennedy era obvia. Aumentar el estado de alerta servía de mensaje de advertencia a Moscú si optaba por llevar a cabo movimientos agresivos en respuesta a las acciones tomadas por Washington contra la isla.

En términos de potencia destructiva, en 1966, la fuerza de alerta de EE. UU. era capaz de atacar —con bombarderos y misi-

* Según documentos estadounidenses, durante la crisis de los misiles de Cuba, España autorizó a Estados Unidos a aumentar el número de aviones de reabastecimiento KC-135 de los seis en condiciones normales a un total de 38.

les dirigidos— un total de 1.607 objetivos simultáneamente. Cerca de 200 objetivos urbanos e industriales serían destruidos por un total de 510 ojivas, unas 300 bases e instalaciones de defensa aérea serían aniquiladas por 967 ojivas, mientras que 240 objetivos situados en países satélites europeos serían alcanzados por otras 450 cabezas nucleares. El resultado era un cálculo de más de 65 millones de soviéticos muertos. Si los misiles *Polaris* eran lanzados desde los submarinos nucleares, algo que era posible a partir de mediados de la década de los sesenta, el número de muertos o víctimas enemigos sumaría otros 30 millones más, según las estimaciones norteamericanas.[26]

En noviembre de 1965, en un informe al jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor, el secretario de Defensa McNamara adelantó por primera vez que a partir de julio de 1966 las alertas aéreas serían canceladas. Sin embargo, usando excusas de procedimiento, el SAC fue capaz de retrasar la decisión y obligar a su revaluación. Varias eran las razones. Según el propio Congreso norteamericano, el simple cierre de dos bases españolas utilizadas por aviones cisternas KC-135 para reabastecer a los B-52 representaría unos ahorros superiores a los 63 millones de dólares.[27] McNamara argumentó, por su parte, que las alertas aéreas ya no serían necesarias como consecuencia de la entrada en servicio de los nuevos misiles *Minuteman* y *Titan*, a lo que se unía el aumento de los requerimientos derivados de la guerra de Vietnam, que para entonces demandaban una media de 300 salidas al mes con la previsión de llegar a 800 a medio plazo. Un tiempo después, el 15 de febrero de 1966 —es decir, transcurrido escasamente un mes desde el accidente de Palomares—, McNamara reiteró su planteamiento ante el comité de Apropiaciones del Congreso:

> En este momento, tenemos (ocho —doce planeados—) aviones en alerta en el aire constantemente, en esencia como medida de adiestramiento. Esto nos proporciona una pequeña capacidad relativamente pequeña en relación con la creciente y gran potencia de la fuerza de misiles. Lo que quiere decir que no hay necesidad de seguir el programa.

Sin embargo, el SAC seguía oponiéndose a ello. E incluso después de Palomares —17 de enero de 1966— ordenó la cancelación de todas las salidas aéreas a excepción de una al día. Aunque parezca increíble, al día siguiente del accidente, el 18 de enero, ordenó reiniciar los vuelos *Chrome Dome* incluidos los que sobrevolaban España. Inmediatamente se filtró la noticia y el gobierno español retiró la autorización de sobrevuelos. Como consecuencia, el SAC suspendió las misiones a través de la ruta sur pero propuso dos alternativas con la aspiración de que Franco reconsiderara su decisión: la primera permitiría que los bombarderos con armas nucleares pudieran sobrevolar espacio español en casos de emergencia y, la segunda, que continuaran los vuelos pero realizando los reabastecimientos sobre el Atlántico. Los máximos mandos de la Fuerza Aérea norteamericana las analizaron y consideraron que no eran admisibles, por lo que declinaron presentarlas a Madrid. «La actual atmósfera en Washington es claramente no favorable a cualquier tipo de propuesta de reanudación de sobrevuelos con armas nucleares sobre España», señalaron. Según la historia oficial del SAC, «la Fuerza Aérea recomendó una o dos propuestas: continuar con la ruta sur hasta que se definieran otras opciones o volar B-52 sin armas nucleares por la ruta sur». Al final, se optó por la opción ciertamente absurda de volar bombarderos vacíos por lo que el SAC rápidamente canceló la ruta del sur por completo.[28]

Respecto a la participación española, las autoridades permitían que los aviones cisternas que debían reabastecer en el vuelo a los B-52 pudieran salir de las bases de Zaragoza, Torrejón y Morón e incluso que si algún bombardero armado experimentaba problemas pudiera aterrizar en alguna de las instalaciones españolas —algo de lo que no tenemos constancia de que sucediera—. Según un informe secreto firmado por los secretarios de Estado, Rusk, y de Defensa, McNamara, y enviado al presidente Kennedy en junio de 1963, la Fuerza Aérea tendría «*serios problemas*» de poder atacar la URSS si no contaba con dichas bases:

> El uso de las bases españolas en apoyo a [las operaciones] *Reflex* y las alertas aéreas de los B-52 (*Chrome Dome*) continuará siendo un requerimiento. Las bases españolas apoyan las fuerzas de reabastecimiento KC-135, además de contar con las autorizaciones sin restricciones para que puedan aterrizar aviones B-52 que se vean forzados a tomar tierra por dificultades en el vuelo o por razones operativas.

Este criterio era apoyado sin fisuras por el alto mando estadounidense. De acuerdo con el criterio de la Junta de Jefes de Estado Mayor:

> Cualquier acción que reduzca o elimine el uso de las bases aéreas estratégicas españolas en el futuro cercano impactará de forma severa en nuestra planificación militar completa y en nuestra flexibilidad estratégica.[29]

Otro aspecto que no podemos dejar de analizar es si estas operaciones *Chrome Dome* eran públicas y hasta qué punto las autoridades españolas tenían conocimiento de estos vuelos sobre su espacio aéreo. Como veremos más tarde, tras el accidente de Palomares el gobierno de Franco quiso vender a la opinión pública que nadie en las altas esferas tenía conocimiento de que estos bombarderos sobrevolaban diariamente territorio español con armas nucleares. Con la información que existía entonces y la que hay ahora, esta versión es difícilmente sostenible. Primero, porque el sobrevuelo de los bombarderos estadounidenses en su camino de ida y vuelta por suelo español era algo que se realizaba todos los días desde al menos 1962. Por tanto, aceptar que la Fuerza Aérea española no tenía conocimiento de ello implicaría reconocer un nulo control de su espacio aéreo, algo difícil de aceptar aun asumiendo el deficiente material del que se disponía en esa época. Los vuelos no eran esporádicos y, por tanto, su identificación era tan fácil como esperar sus apariciones que, por otra parte, se producían a la misma hora: tanto en el caso del primer reabastecimiento sobre el norte de la península ibérica como en el segundo, sobre la zona de Almería. Además, cuando el acuerdo de las bases españo-

las estaba siendo renegociado en 1963 —tres años antes del accidente de Palomares—, la prensa estadounidense reconocía, sin problemas, su contribución a las dos principales misiones de ataque contra la URSS que no eran secretas ni mucho menos: en un despacho firmado en Madrid, la agencia de noticias norteamericana AP reconocía entonces que existían 27.000 soldados estadounidenses estacionados en España y especulaba con que la decisión de España de solicitar la renegociación de los acuerdos de las bases después de diez años abría el interrogante sobre qué contaba Estados Unidos exactamente en nuestro país. El despacho, publicado por decenas de periódicos norteamericanos y que, por tanto, no pudo pasar desapercibido para los diplomáticos españoles, señalaba en el segundo párrafo que las instalaciones en suelo español eran fundamentales en dos operativos denominados *Reflex* y *Chrome Dome* a través de la XVI Fuerza Aérea de Estados Unidos, compuesta por bombarderos con la misión de atacar en el caso de que se produjera una guerra nuclear y de aviones de reabastecimiento aéreo para llenar de combustible a dichos bombarderos que operaban desde territorio norteamericano.[30]